

Tiempo de cruzadas

Los ataques terroristas llevados a cabo en territorio estadounidense el pasado 11 de septiembre han consternado al mundo. Una acción extrema como esta ha servido también para encender los fanatismos de toda especie. El estallido de una nueva guerra mundial tiene el signo de un tiempo de cruzadas: Las cruzadas de quienes prometen erradicar el terrorismo, pero también las cruzadas de aquellos que han proclamado acabar con los “infieles”. En situaciones como esta, las vociferaciones de los fundamentalistas de uno u otro signo impiden que las voces más equilibradas puedan escucharse. Y en medio de un tiempo de cruzadas, la primera víctima es la memoria histórica.

Las naciones poderosas de Occidente han evidenciado que tienen una memoria histórica endeble. Se han olvidado, por ejemplo, que el presunto autor intelectual de los ataques suicidas, el millonario saudí Osama Bin Laden, fue —como lo recuerda Noam Chomsky en una entrevista concedida a Radio Belgrado— “uno de los muchos fundamentalistas religiosos extremistas reclutado, armado y financiado por la CIA y sus aliados en la inteligencia paquistaní” para combatir contra el ejército soviético, que había invadido Afganistán. La idea era realizar acciones terroristas para ir desgastando a los soviéticos. “No es ninguna sorpresa”, continúa Chomsky, “que la CIA había preferido a los combatientes más crueles y fanáticos que estuvieran dispuestos a movilizarse”.

Los llamados *afganies*, esto es, extremistas religiosos reclutados por la CIA para operar en Afganistán y que no tienen necesariamente la nacionalidad de ese

país, también “se unieron a las fuerzas musulmanas bosnias en la Guerra de los Balcanes, cosa que los Estados Unidos no objetaron” y, además, “están combatiendo a los rusos en Chechenia y, muy posiblemente, están involucrados en llevar a cabo ataques terroristas en Moscú y en cualquier otra parte del territorio ruso”, añade el profesor Chomsky.

El régimen talibán, al que entronizaron los *afganíes* apoyados por la CIA, luego de la derrota militar de los soviéticos, impuso la intolerancia en todo orden, justificada con la fe religiosa. Estados Unidos nunca sopesó la posibilidad de medidas directas para derrocar a un régimen que redujo la condición de las mujeres a una virtual esclavitud con respecto de los hombres, que cerró universidades y centros escolares, que persiguió a las personas de creencias religiosas distintas, monopolizó férreamente los medios de comunicación y al que no le interesó destruir los símbolos religiosos del budismo, por mucho que estos hubieran sido declarados patrimonio de la humanidad por la UNESCO.

A pesar de todos estos hechos, que perfectamente dejan claro el carácter antidemocrático del actual régimen afgano, hasta antes del 11 de septiembre, los Estados Unidos no habían pensado en llevar a cabo una intervención militar para capturar a los jefes talibanes —como la que hicieron en 1989 en Panamá, para apresar al entonces presidente Manuel Antonio Noriega, amigo de los gobiernos norteamericanos caído después en desgracia—, o para derrotar a su ejército en tanto fuerza de ocupación —como hicieron en Kuwait, durante la llamada Guerra del Golfo, en contra de su otrora aliado Saddam Hussein—.

Por otro lado, se ha observado la exacerbación del nacionalismo en los Estados Unidos. Una creciente ola de manifestaciones antiislámicas no se hizo esperar. En las naciones árabes se ha exaltado la animadversión en contra de los Estados Unidos. Una guerra de Occidente en contra de los países a los que los gobiernos estadounidenses ha imputado como responsables de apoyar actos de terrorismo, una incursión militar en Afganistán que no está dejando piedra sobre piedra, es lo menos indicado para bajar la temperatura del extremismo.

La agresión militar contra Afganistán ha dañado profundamente a la población civil y solamente beneficia a los fanáticos. “Eso es precisamente el programa de Bin Laden”, opina el escritor afgano Tamim Ansary. “Eso es exactamente lo que él quiere. Por ello, él hizo todo esto. Lean sus discursos y sus declaraciones. Está ahí. Realmente está convencido de que el Islam puede derrotar a Occidente. Podría parecer ridículo, pero él calcula que si logra polarizar el mundo entre el Islam y el Occidente, tendrá un billón de soldados. Si Occidente desata un holocausto en esas tierras, habrá un billón de personas sin nada que perder, lo cual será mejor desde el punto de vista de Bin Laden. Probablemente, está equivocado, al final el Occidente ganaría al costo que fuere, pero la guerra duraría años y millones de personas morirían, no solamente de su lado sino

también del nuestro. ¿Quién tiene el estómago para esto? Bin Laden si que lo tiene. ¿Hay otro más que esté dispuesto?”.

El fanatismo no ha sido exclusivo de los países directamente implicados en el conflicto. En El Salvador también se han revelado conductas igualmente intolerantes que han tenido como pretexto los ataques terroristas. Se dio el caso, por ejemplo, de un desfile de escolares en los que, por disposición de una maestra, unos niños representaban al presidente Bush y a soldados norteamericanos en persecución de un compañerito suyo que personificaba a Bin Laden. Todo ello, para ilustrar que el bien derrotará al mal.

Los incidentes que un grupo de presuntos estudiantes universitarios protagonizaron en una marcha en las calles de San Salvador son ejemplo de esto. La marcha, convocada originalmente por sindicatos y partidos de izquierda para protestar por las políticas económicas gubernamentales fue utilizada por el citado grupo para mostrar su apoyo a Bin Laden y para aplaudir la mortandad causada en los Estados Unidos. Esta deplorable actitud solamente evidenció que hay mucha falta de análisis y que, para estos grupos, priva mucho la idea de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, sin hacer ninguna consideración histórica o ética al respecto.

Lo serio de este asunto es que se está perdiendo de vista que el ataque terrorista puede constituirse en un pretexto para fortalecer las tendencias autoritarias dentro del país. Estas tendencias buscan revertir las libertades políticas logradas con los Acuerdos de Paz de 1992, mediante una paulatina instauración de medidas de control político y policial. Ciertamente, el problema del terrorismo reclama una actitud de alerta por parte de los Estados, pero el retroceso a prácticas antidemocráticas no es la salida.

Oigamos las palabras del escritor chileno Ariel Dorfmann, que tuvo que vivir exiliado de su país natal debido al golpe militar ocurrido en Chile otro 11 de septiembre: el de 1973. “Una y otra vez, oigo frases que me recuerdan de lo que la gente como yo se decía a sí misma durante el golpe militar de 1973 y los días que le sucedieron: «Esto no puede estarnos pasando. Este tipo de violencia excesiva le pasa a otra gente y no a nosotros, sólo hemos sabido de este tipo de destrucción por las películas y libros y las fotografías remotas». Y las palabras de hace veintiocho años se repiten hoy: «Hemos perdido nuestra inocencia. El mundo jamás será el mismo»”. Efectivamente, no lo fue: en un país de límpida trayectoria democrática como lo era Chile, se inauguró un drama hasta entonces inédito: el de las personas desaparecidas.

Dorfmann afirma que “no puedo creer todavía las cosas de las que estoy siendo testigo en la pantalla: centenares de parientes deambulando en las calles de Nueva York, aferrándose a las fotos de sus hijos, padres, esposas, amantes, hijas, rogando información, preguntando si viven o si están muertos —los Esta-

dos Unidos forzados a ver en el abismo de lo que significa ser desaparecido, sin certeza alguna y sin funeral posible para quienes han desaparecido”.

Las reacciones exaltadas hacen perder de vista el peligro de una empresa bélica a escala mundial. Estamos ante la posibilidad nada remota de convertir al planeta en un lugar inhóspito para todos sus habitantes. Quienes promovieron que una incursión militar a Afganistán tuvieron que haber sopesado las implicaciones humanitarias de tal decisión. Si cualquier guerra deja costos humanos lamentables, el caso de la nación de Asia Central es más severo, dada la desolación que ha imperado desde la ocupación soviética. “Ahora venimos con la cuestión de bombardear Afganistán y hacerlo retroceder a la Edad de Piedra”, escribe Ansary. “El problema es que ya se hizo. Los soviéticos se encargaron ya de hacerlo. ¿Hacer sufrir a los afganos? Ya están sufriendo. ¿Echar sus casas al suelo? Ya está hecho. ¿Convertir sus escuelas en pilas de escombros? Hecho. ¿Erradicar sus hospitales? Hecho. ¿Destruir su infraestructura? ¿Cortarles el suministro de medicina y de salud? Demasiado tarde. Alguien más ya hizo eso”. Como se ve, una agresión militar solamente agravaría el sufrimiento de la población civil. Y no tiene sentido multiplicar el dolor. De nada sirve repetir las trágicas escenas de Nueva York en ninguna otra parte del mundo.